

nombre colectivo de signos del zodiaco, fórmanse y descompónense agrupaciones de poemas cíclicos, los cuales gravitan todos en torno de su nombre. La isla donde Homero ha nacido tiene la forma de un pedestal preparado, no tanto para recibir una estatua como para sustentar un templo; perlas, corales y nácares la engarzan; cielos esplendorosos y astros rutilantes la iluminan. El mar, henchido todo de nereidas la circuye; coros de divinidades invisibles la saludan; los vegetales benditos, como la oliva y el mirto, y la palma y el azafrán, ornan sus campos, desde los cuales vense allá lejos las cumbres donde habitan las musas, y en cuyos aires, con las melodías despedidas por cítaras y flautas, oyéanse también, como si de cada piedra y de cada ola se levantaran, cadencias múltiples de indecible poesía. Poned en tal teatro al ciego divino que, apoyado en su báculo, con la frente ceñida de laureles y el cingulo atado á sus riñones, va de puerta en puerta entonando los cantares patrios al compás de la cítara, por una canora legión de aedos acompañado, que repiten y secundan en coro infinito sus palabras, y decidme si no parecerá una especie de divinidad misteriosa representando el arte griego en toda su pristina pureza. Así, al eco de su voz cincelarán los escultores aquellos mármoles dorados por el sol de Grecia; saldrán las teorías,

las procesiones clásicas, en áureas naves impulsadas por remos argénteos, en cuyas popas levantaránse al cielo desde armoniosas vasijas el dulce aroma de los cinamomos; desliaránse los zumos de las flores en paletas, de cuya superficie salgan como iris de ideas los maravillosos cuadros; vibrarán los mirtos y los sauces con melodiosos cantares; agitaránse las ninfas como ilusiones en las tranquilas ondas del mar y en el sosegado curso de los arroyos, porque todo, espíritu y naturaleza, llegarán indefectiblemente, por tantas inspiraciones y por tantas ideas nutridos, á transfigurarse allá en las altas cimas del arte. ¡Oh, santa madre del genio! El mar celeste se repliega en las doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden sus follajes los laureles y los mirtos, gratos á la divinidad; las brisas del Asia, en los pebeteros de suaves esencias que forman las islas del Archipiélago aromadas, olean su faz; el coro de las nueve musas va en sus aires y danza en sus nubes; su vino presta juvenil alegría, como su amor la inmortalidad; y tenuemente unida por el istmo de Corinto á la tierra, que no la merece; rodeada como por misteriosos rayos y efluvios por su Archipiélago; vestida de granados y cipreses, de clarísimas parras y de negros olivos; cortada por altas montañas, donde habitan los dioses, y por colinas rema-

tadas en templos; la inspiración corre como el jugo de todo aquel territorio y se condensa y se personifica en el sagrado nombre de nuestro divino Homero.

Así que los griegos arriban á las riberas frigias, cercan á Troya, y se dividen por sus varias y ruidosas competencias, entra Homero en escena. Los actores de aquel drama quedan fijos en la memoria universal, como si los llevara grabados en relieve. La discordia con los troyanos es tal y tanta, que los helenos desean verlos perecer y quedar sin sepultura, sin posteridad y sin recuerdo. Helenos y troyanos, aunque de una misma raza, representan el Asia y Europa. Mientras los griegos llevan ya en las asambleas de sus reyes aquellos gérmenes de las futuras repúblicas, y en los cánticos de sus aedos aquellos esbozos de las futuras artes, los troyanos, vestidos de oro y ornados de rozagantes púrpuras, con sus palacios de pórticos brillantes, con sus lechos de bruñidas piedras, con sus pavimentos de cedro, representan la decadente Asia en toda su sensualidad. Así los tipos que ha cantado forman como una especie de bajorelieve armoniosísimo en la conciencia humana, la cual guarda el tipo de Néstor, la prudencia; de Protosilao, el sacrificio; de Agamenón, el poder; de Ulises, la astucia; de Patroclo, el afecto amistoso; de Ajax, la querella;

de Aquiles, el valor; de Teucro, el arquero; de Calcas, el adivino; de Tersites, el feo; de todos cuanto algo representan y que han tenido un privilegio excepcionalísimo, el de quedarse viviendo en la memoria humana con los mismos caracteres que les ha dado el poeta, como si éste comunicase á todos la inmortalidad prestigiosa de su imperecedero nombre. ¡Cómo pinta, no sólo á los griegos, sino también á los troyanos! Los augurios de Casandra, las tristezas de Hécuba, la fidelidad inquebrantable de Andrómaca, el sereno coraje de Héctor, permanecen todavía tan frescos en el pensamiento humano cual recién trazados por su divino cantor. No puede, no, describirse mejor á Helena que por los siguientes trazos puestos en boca de Venus dirigiéndose á ella para que caiga en brazos de Paris: «Ve, ve, te invita Paris á ir. Veráslo acostado en su rico lecho de primorosa labor, asiáticamente vestido y esplendoroso de belleza. No se diría que acaba de luchar con un hombre; creeríase que viene de las danzas ó que á las danzas va.» Así, todo cuanto él ha descrito permanece hoy mismo en la palabra humana, cual si en vez de tener años y años de fecha tuviese tan sólo algunos días. Hoy mismo podríamos repetir la vida diaria que traen los héroes de Homero. No ha vuelto á quedar en el pensamiento humano relación alguna

tan viva. Parécenos ver los navíos que, sacados á tierra, forman una especie de ciudad militar, en la cual hay espacio para las plazas y para los sacrificios; las tiendas altísimas de los reyes con pórtico y vestíbulo; el sabio atrincheramiento de los campos; los asaltos, y los saqueos, y los incendios, y las desolaciones; aquellos carros, á los cuales van dos caballos uncidos, y sobre los cuales pelean el héroe y el cochero; las corazas, formadas con piezas de acero y sostenidas por cadenas de oro; la espada, con su vaina de plata y su puño de cinceladuras hermosas; el escudo, pendiente de una correa y formado por diez círculos concéntricos, en cuyas curvas van esculpidas por diestros buriles viejas historias; el casco, con colas de caballo y con cimera multicolors adornado; los cinturones, los arcos, las flechas; los sacrificios, donde se ofrecen á los dioses sacras hecatombes; los funerales, en fin, cuyos ritos lavan los cuerpos con agua caliente y los untan con aceite oloroso para quemarlos en hogueras compuestas de bien oliente leña, y después, entre los cánticos elegíacos de sus compañeros y los quejidos agudos de las plañideras, ofréenles jinetes é infantes sus propios cabellos, y dones de ovejas y vacas, de leche y miel, hasta que, devorado el cuerpo y extintas las llamas en vino, se recogen sus cenizas, guardadas como sacratísimas reliquias.

Nunca nos cansaríamos de reptir aquellos tiempos impresos por la musa de Homero en la imaginación universal.

Bien es verdad que teatro, poesía, monumentos, cuadros, esculturas, desde los versos más clásicos hasta los refranes más vulgares, han contribuído á grabar en la memoria humana este poema. El europeo más indocto ha visto cien veces, hasta en grabados groseros, el furor de Aquiles, por tal manera expresado, que penetra en su corazón y en su mente. Mil veces hase repetido la escena en que Agamenón pidiera al furioso Aquiles su cautiva Briseida, y éste saca su espada para inmolar al rey de los reyes helénicos, inmólación que hubiera perpetrado seguramente de no haberle detenido el brazo la sabiduría y la prudencia de Minerva. Los insultos de Aquiles al redomado Agamenón están de tal modo esparcidos en la memoria universal, que ninguna de las lenguas cultas creería en su propia cultura si no los hubiese alguna vez traducido. Pero lo que á nosotros más nos interesa, entre tal serie de inolvidables episodios, es el rastro de Paris y Helena. En los primeros encuentros entre los dos pueblos enemigos, el hermosísimo nuevo esposo de la reina espartana reta con empeño á su viejo rival Menelao. Viendo salir al mancebo del amor y de las mujeres creeríasele transfigurado, según el aire

provocador que lleva y lo enardecido que corre audaz en requerimiento de su enemigo, una piel de leopardo al hombro, el arco en la diestra, y á la espalda el haz de sus venablos. Pero en cuanto ve á Menelao, que salta de su carro para con él habérselas cuerpo á cuerpo, Paris desmaya y huye. Al verle entrar jadeante, con la palidez en su rostro y la muerte sobre su corazón, Héctor le reconviene, y le dice que no podría volver al palacio como antes no volviese al combate. Vuelve por fin el cuitado. Pero inutilmente: todo el valor que le prestaran las reconvenções de su animoso hermano desaparece así que ve á Menelao amenazante y vengador. En efecto, el rey griego se arroja sobre su rival y está próximo á matarlo; pero cuando ya tiene la cimera de su casco en la mano para cercenarle de un tajo la cabeza, envuélvele Venus en misteriosa nube, y ocultándolo á su contendedor, lo transporta súbitamente á una cámara, toda cubierta de tapices y perfumada de aromas, donde aguarda en lecho de marfil y oro, sobre colchones de púrpura y entre pebeteros de Oriente, los besos de su Helena. Al reentrar ésta de nuevo y encontrarse con su amador, le reconviene tristemente y le dice cómo le valiera más no haber nacido que mostrarse tan cobarde ante un hombre de tal valor como su primer esposo. Mas Paris le sonríe á su amada con volup-

tuosidad, la llama con suave reclamo, la tiende los brazos con amor, la estrecha en transportes infinitos contra su corazón, y apaga con besos querellas pronto extinguidas en aquel mar de insensatos placeres, no interrumpidos ni al vibrar de las armas que se cruzan en continuos combates ni al crujiir de los muros que se caen bajo repetidos golpes. Las artes plásticas han repetido en múltiples cuadros y pinturas estas escenas, que muestran cómo la sensual voluptuosidad embargaba sin remedio al frigio y prevenía y acercaba con sus estragos la inevitable ruina.

Héctor, de Paris hermano, quiere lavar las afrentas de su familia y sostener un combate singular con cualquiera de los héroes enemigos. A este fin dice adiós á su infortunada y fiel Andrómaca, besa el pequeñuelo producto de sus amores y se despide pensando que su esposa, tan amada en Troya, después de haber vivido en el resplandeciente palacio de Príamo, se verá sierva de los vencedores, tejiendo en Argos telas para vestirlos, á las órdenes de una mujer extraña y llevando para refrescarlos en odres puestos sobre su cabeza el agua cogida en los manantiales y fuentes de Meseidas é Hypereas. La despedida tiernísima de Andrómaca y Héctor ha pasado por medio de los buriles y de los versos á todas las artes y á todas las literatu-

ras. Ajax acepta el sostener tanto combate designado por la suerte. Pero ninguno de los dos guerreros prevalece, y ambos se apartan llevándose la mutua estima por sus respectivos procederes. Los dos ejércitos siguieron á sus dos jefes y trabaron batalla en toda su extensión y con todo su número. Héctor quiso incendiar las naves griegas, pero se opuso Ajax y quedó la guerra en una terrible indecisión.

Los bustos, las estatuas, los bajorelieves antiguos, así como las tragedias y las epopeyas, nos han dejado mil efigies y mil remembranzas de todos estos actos. Ya en una piedra preciosa grabada para cualquier artístico adorno vésele al héroe Aquiles en reposo, meditabundo, colgados los instrumentos guerreros de un árbol y al pie su escudo, mientras en la mano la sonora lira, todo en señal de haber cambiado por el arte de la paz el arte de la guerra. En este mismo siglo nuestro los pintores devotos de lo clásico han trazado la figura de Aquiles reincorporada sobre su lecho, cítara en mano, casco á los piés, rehusando combatir, no obstante las repetidas demandas de los embajadores griegos. Sólo un hecho pudo mover de nuevo la cólera de Aquiles, que fué la muerte de Patroclo. Convencido este inseparable compañero del héroe, por una larga experiencia en los encuentros

adquirida y por innumerables repetidos combates, de que bastaba con la sospecha no más de haber vuelto Aquiles para desconcertar y romper á los troyanos, empresta sus armas á éste, y, ciñéndose las, corre al encuentro de aquéllos, quienes, al verlo y ver con qué furor penetra en sus filas, donde ha inmolado á Sarpedón, héroe como él, se repliegan á Troya y demandan á gritos la presencia de su mayor general Héctor, el invencible. Preséntase á tal invocación éste, y, en efecto, Patroclo, ya herido por su propio valor, cae muerto á tan rudo golpe. En los tiempos antiguos creíanse deshonrados los héroes cuando abandonaban un compañero suyo fenecido en los combates. Así pugnan los griegos por apoderarse del cuerpo de Patroclo. Y Ajax, semejante á un jabalí que furioso dentellea, y ensangrienta, y dispersa los perros cazadores, ahuyenta los troyanos y se lleva consigo el cadáver de su héroe. Los pintores del Renacimiento, que confundían en la universalidad maravillosa de sus inspiraciones y en el conjunto cíclico de sus obras la *Biblia*, la *Iliada* y el *Evangelio*, nos han trazado en casas artísticas tan maravillosas como la casa del The, allá por Mantua, los esfuerzos de impulso y los esfuerzos de resistencia empleados mutuamente por griegos y troyanos para tomar ó para retener el cuerpo de Patroclo. En los vasos anti-

guos y en los grupos de antiguas estatuas vense los Ajax combatiendo por el cuerpo de Patroclo y los Menelaos levantándolo del suelo para sostenerlo en sus brazos. Aquiles, al saber la muerte de su amigo, rompe furioso en alaridos semejantes al trueno y se mesa los hermosos cabellos. En su dolor, aunque un oráculo antiguo le ha dicho cómo su muerte debe seguir á la muerte del enemigo Héctor, jura matarlo, recabando las armas propias caídas en sus manos y arrancadas al cadáver de Patroclo. En cuanto su madre Tetis conoce la necesidad que de armas tiene Aquiles, va sobre un tritón montada á recabarlas nuevas de Vulcano, el gran forjador divino. La pintura nos ha trazado Aquiles en su carro de guerra, conducido por Automedón, presentándole á una los reyes el cincelado escudo, las diosas el estoque y casco, mientras de sus labios caen espumarajos de rabia y bajo sus piés se levantan espesas nubes de polvo suscitadas ya, como por un huracán, por su aliento de combate. Así cuando entra en el ejército troyano parece un león entrado en cualquier aprisco, un milano caído sobre cualquier palomar. El segador no abate con tanta felicidad y en tanto número espigas como él cabezas. Los ríos, al verse tintos en sangre y cargados de cadáveres, le reconviene porque no podrían entrar con tal tributo en el mar di-

vino. Hasta los aires emponzoñan la increíble matanza. Todos los troyanos entran en tropel por las puertas guareciéndose tras los muros, todos, menos Héctor. El inmortal guerrero se parece á poderosa encina salvada por milagro de un huracán que lo ha desarraigado todo en derredor suyo y por todas partes ha tendido vegetales ruinas. Inútilmente le ruega el viejo Príamo que ingrese dentro del seguro para evitar, compasivo, la muerte de su patria, tras la cual verían sus ojos los hogares destruídos, los templos incendiados, las hijas cautivas, los hijos muertos, los nietecillos en tan espantosa carnicería contra la tierra estrellados, mientras los perros se comerían, aullando á una de gozo y relamiéndose con la sangre y con las carnes heladas, su insepulto y maldecido cadáver. Héctor no escucha la súplica de Príamo, su padre, ni de la tristísima Hécuba, su madre infortunada. A pie firme aguarda el empuje de Aquiles, con quien desea medirse resueltamente. Al fin los héroes topan uno con otro y se miran faz á faz. El terror difundido por Aquiles resulta tan intenso que circunvalan tres veces las murallas de Troya amenazando el uno y el otro defendiéndose. A la tercera vuelta los venablos mutuos alcanzan á los sendos cuerpos y las espadas se cruzan. Apenas se han cruzado, cuando Héctor cae á una mortal herida, despidien-

do, al caer, de sus ojos, una suprema y angustiosa mirada. Pero Aquiles, á quien la muerte de Patroclo ha devuelto el antiguo furor, no se compadece, y pisotea su pecho con las plantas, escupe ultraje sobre ultraje á su rostro, ata duras correas á sus piés, y, ciñéndolo desnudo á su carro de guerra, arrástralo tres veces alrededor de Troya y á la vista de todo su pueblo. Príamo grita y Andrómaca desfallece, y el hijo de Héctor, aunque muy niño, recibe con las lágrimas de su madre desolada la consagración para el dolor y para el martirio. Príamo se dirige á la tienda misma de Aquiles para pedir el cadáver de su hijo. Cincuenta contaba cuando los griegos llegaron á la vista de Troya, diecinueve habidos en su matrimonio legítimo, los demás en esclavas de su harén, y apenas le queda uno que otro. El más fuerte y guerrero de todos era Héctor, y Héctor acaba de morir en lucha. Príamo besa la mano que ha concluído con su Héctor para que le devuelva, por lo menos, ya que no la vida, el cadáver, y le consienta rendirle los fúnebres honores. Aquiles se lo concedió así, volviendo la persona de Príamo y el despojo de su Héctor á Troya, conducidos por Mercurio.

Lloraban á su Héctor las mujeres cuando aparece un refuerzo para defenderlas y para vengarlas, el refuerzo de las amazonas. No puede, no, descono-

cerse cómo la frecuencia de tales mujeres en los primitivos combates helenos indica los esfuerzos del matriarcado, cuya organización le permite hasta tener un ejército contra el patriarcado de los reyes helénicos. Naturalmente, Grecia, cuyas monarquías mismas tuvieron el carácter democrático y republicano visto en sus asambleas de antiguo, significaba una orientación hacia ideales superiores, dañosa, muy dañosa de suyo á quienes, como las amazonas, representaban un retroceso hacia tiempos é ideales pasados. Por consecuencia, como quiera que Príamo representase dentro de aquella sazón el Asia inmóvil, y los Menelaos y los Agamenones la Grecia progresiva, por el Asia inmóvil debían estar aquellas mujeres anegadas en los torrentes del progreso. Al recibir este socorro y auxilio, holgóse tanto Príamo que, poniendo por algunos momentos en olvido su duelo, agasajólas con suntuoso festín á la sombra de sus jardines. El combate siguió bien pronto á la oferta. Penthesilea, jefe de las amazonas, pide su bendición á Príamo, que se la da gustoso desde su alto trono y cubierto con su tiara frigia. El valor de Troya se aumenta viendo tanto esfuerzo en una débil mujer, y aqueos y troyanos vuelven á combatir en combates rudos y cruentísimos. El arte antiguo nos ha representado en vasos y en relieves los combates cuerpo á cuerpo de Penthesilea con

Aquiles. Aquella ilustre amazona lanza sus dardos con tal seguridad, que acribilla la figura del héroe. Pero envuelto éste de antiguo en las armas traídas por su madre de las forjas vulcanas, repelía toda flecha. No así la heroica Pentesilea. Herida en su teta izquierda por Aquiles, tiéndese primero desarmada sobre su desnudo caballo sin arreos ni bridas, y cae luégo muerta en campo ensangrentadísimo. El museo de Nápoles nos ha guardado en una estatua incomparable, designada con el nombre de Amazona herida, esta milagrosa escena. Aquiles siente con toda su alma el furor que lo ha cegado hasta impelerle á matar una mujer cuyas gracias le cautivaron mil veces en vida y le trajeron esperanzas de poseer aquella singularísima hermosura. Apenas la hiere, cuando aparta de su cuerpo la penetrante lanza, mas tarde, muy tarde, porque ha venido en la punta de su lanza la muerte. Aquiles desata su casco tan brillante como un sol, lava la sangre y limpia el polvo que han cubierto aquel cuerpo sin par, enterándose de que guarda en la muerte todas sus ventajas y todas sus gracias. El feo Tersites, malicioso y burlón como todos los estropeados y deformes, riése del dolor por Aquiles mostrado, con tan mala suerte y en tan mala hora, que le cuesta la vida su befa, pues el héroe lo aplasta, abriéndole de un puñetazo el desvencijado crá-

neo. Vencidas las amazonas, parecían perdidos los últimos recursos y las últimas esperanzas de Troya, corriendo entre los troyanos la idea de rendirse y entregarse al fin, la cual idea realizaran si Príamo no se opondría y no viene Mennón, rey de los etíopes é hijo de la Aurora. La pujanza del recién llegado en socorro de Ilion debía exceder á todo, según las comparaciones de los griegos, que lo parangonan en sus cánticos á las plagas mayores y á las mayores calamidades terrestres. Varios héroes mueren á sus manos, y entre otros Antiloco, el heredero de Néstor. Amigo de Aquiles también éste, como Patroclo, créese Aquiles en el deber de vengarle, y sale al campo todo airado. Inmediatamente un combate se traba entre Aquiles, hijo de Tetis, y Mennón, hijo de la Aurora, con toda la porfía propia de tales héroes. Y mientras ellos combaten, el destino pesa en sus balanzas eternas con gran cuidado la gravedad respectiva de las dos almas. La suerte se pronuncia en favor de Aquiles, y Mennón cae muerto á los piés del héroe argivo. Un espejo etrusco nos presenta la balanza en que Mercurio estudia la densidad respectiva de aquellas heroicas almas. Un vaso reproduce la homérica lucha de Aquiles con Mennón. Mientras Mercurio mira con cuidado su balanza, aparecen á su derecha la Parca preparándose á cortar algún hilo de vital